

LA HISTORIA TRISTE DE UN HOMBRE JUSTO

Ángel González Olmedo

PARTE PRIMERA
CORTE Y MUERTE

Capítulo I

Que habla de la llegada de don Dragos Corneli al Cerco de la ciudad de Ísbar

No existe canción más perfecta que la del terror.

En los oídos de los bardos nos suena diáfana, depurada, virgen. Al menos esa era la melodía terrible que emanaba de aquel hombre maniatado que estaba a punto de ser asesinado.

Los corchetes lo habían interceptado apenas a una milla a nuestras espaldas y lo llevaban cargado como un saco en la grupa de uno de los caballos, a unas diez u once varas por delante de nuestro grupo. La melodía de su terror más absoluto se acrecentó en cuanto asomaron las monstruosas murallas de la ciudad de la que había huido. Unas murallas que emitían otros sonidos, pero perfectamente armónicos a los del miedo.

Hacía once años que no escuchaba esa música: la de la injusticia. Un sonido disonante, insolente. Un concierto hecho para los demonios, para esos pisaverdes que regentaban sus palacios, asentados cómodamente en el poder. Así sonaba el lugar al que nuestros pasos se dirigían. Así sonaba Ísbar. Así sonaba la ciudad-Estado más grande y decadente del mundo.

Sobrecogido el resuello y el alma, encontrando un momento de resolución fugaz que percibí en la pequeña sinfonía de sus emociones veladas, el hombre saltó del animal y corrió hacia nuestra comitiva con el rostro desencajado. Un estruendo terrenal, impertinente y compartido invadió el camino: «¡Clac!, ¡pum!», sonó, y el eco se derramó por las colinas mientras el hombre caía bajo una humareda sanguinolenta.

El disparo del corchete le deshizo la nuca, y las notas de su miedo se apagaron en la cadencia que componía la caída del cuerpo; un réquiem tímido y triste intentó sonar al final, sin fuerzas, como manifestación de su último estertor.

Silencio.

La compañía pasó junto al interfecto, sus ojos mirando al vacío, y yo me paré para observarlo unos momentos. «A veces se gana; otras se pierde...», dijo una voz fría a mis espaldas. Era Elres el Viejo, capataz de la cofradía de mercaderes con la que viajaba.

—Su cobardía le ha traicionado —sentenció, antes de proseguir la marcha.

Pero se equivocaba. Porque la canción que emanaba de aquel hombre se había definido muy clara: había decidido morir; yo era el único que podía descubrir esta certeza, el único con los oídos de un bardo en la compañía. Lo había visto —más bien escuchado— en otras ocasiones: primero una fuga de notas emocionales impulsada por un pensamiento. Elaboradas en el pentagrama de su alma, pude sentir el impromptu de su resolución fatal. Así es como uno se sobrepone a la melodía del miedo, aderezándola con los contrapuntos de una balada valiente, resignada. Después de eso solo cabe esperar el compás final.

Pues como toda música, la de este hombre se apagó para siempre, dejando el testimonio en un cadáver lleno de reminiscencias huecas. Un pentagrama vacío.

Me vi en sus ojos y reconocí la sombra del recuerdo: la desesperación, la huida y los perros ladrando a mis espaldas. Disparos que decidieron desviarse unas pulgadas, en vez de acoplarse en mi cuerpo.

Uno de los galvos que pasaba junto al muerto se llevó el pañuelo a la boca.

—¡Vive Dios! —exclamó.

—Y mueren los hombres —añadí.

Eché a caminar de nuevo, taciturno, como movido por una voluntad invisible; no quería levantar la vista hacia aquello que había impulsado las acciones del inmolado: las monstruosas Puertas de Irene, la entrada norte de Ísbar, encajada entre los dos riscos nevados de la cadena montañosa. Desde que salimos del país de Galvaré, el paisaje había sido parco y frívolo en su visión; en sus sonidos era la invariabilidad más representativa del tedio. Ahora las canciones

de alrededor eran diferentes: los galvos emitían ritmos de expectación y sorpresa hacia mí, sonidos cristalinos decorados con segundas notas de admiración por lo que me atrevía a hacer. No era para menos: pocos inquirieron por qué dirigía mis pasos al interior de mi ciudad natal, donde yo era un proscrito repudiado desde hacía algo más de una década. Hay un dicho en Ísbar: «La capacidad de sorpresa muere en la adultez». En lo que a mí se refiere, mi muerte me sobrevino mucho antes de dejar de ser un niño.

No, ni siquiera eso.

Yo nací muerto; porque nací dentro de esos muros, y ahora estaba volviendo a ellos como un fantasma que visitaba su propio cadáver en un nicho. Ísbar era un cementerio donde los muertos eran mayoría entre la sociedad. Porque un hombre no tiene vida sin ilustración, y en Ísbar la ilustración es algo que muy pocas personas tienen la entereza de abrazar deliberadamente, aun cuando la bolsa se lo permita.

Once años pasé en el extranjero desde que marché de ese lugar donde la envidia, la estulticia y la galantería eran las monedas de cambio para la aceptación social y la supervivencia. Antes de esos once años pasaron veinte y tres desde mi advenimiento a este mundo en el que fuera, y posiblemente siga siendo, el barrio más humilde y abandonado del distrito sur de la ciudad: el Puente de Tierrafértil.

No quiero aburrir ahora a vuestras mercedes con los acontecimientos de mi infancia, pero basta con decir que nací dentro de una familia de hijosdalgo que supo inculcarme los preceptos más básicos del tratamiento nobiliario. En resumidas cuentas: una hacienda modesta, unos cuantos reales a la semana, zapatos nuevos cada año, un cocido de olla podrida cada dos días, y lo suficiente para la instrucción con la ropera, que es la espada que todo caballero ha de llevar consigo.

Hasta que me despojaron de ese derecho, junto con mi condición de hijodalgo. Un derecho y una condición que se me devolvían en forma de carta con el sello imperial lacrado.

Con todo, las colosales Puertas de Irene, que vertían sombras gigantescas sobre todo el valle, me cortaban la respiración de forma inclemente, como si reprobaran mi vuelta. ¿Las han visto alguna vez desde fuera? Yo las recuerdo con exactitud cuando cierro los ojos, tapando el paso de la garganta. Sus afilados remaches de hierro negro todavía me apuñalan la mente. Los centinelas parecen vigilarme aún desde las pasarelas de los gigantes y numerosos vanos de su planicie, como los malos humores de una enfermedad que se resigna a

abandonar mis pensamientos. Y al fondo, los cuatro anillos del Tetragrama del Mundo siempre ocupando gran parte de la bóveda celeste, temperando todos estos tonos en escalas menores con brillantes acentos agudos. En aquellos momentos, su música parecía embaucarme de forma maliciosa.

Pero la cofradía de mercaderes galvos no iba a cruzar esos portones dentados, claro —en realidad, pocos son los extranjeros que penetran en Ísbar—. El Cerco, una zona franca amurallada que rodeaba las Puertas de Irene, era lo primero que el viajero hallaba antes de acceder por la entrada del norte, y adonde nos íbamos a hospedar. Un lugar de relativa paz, a la sazón vigilado por la jurisdicción de Ísbar, emitiendo escalas fatuas que me llamaban como un coro eclesiástico llama a los feligreses.

Nada más cruzar las puertas del Cerco, sentí deseos de volverme, aunque la música que tenía a mis espaldas no era más alentadora: la armonía del ambiente se había adulterado con la de los corchetes, que rasgaban acordes tristes y apagados; cargaban el cadáver con la misma indolencia con la que le quitaron la vida. Eran terriblemente asépticos, desapasionados, inhumanos...

Filip, el muchacho preguntón, me tiró de la manga.

—¿Quiénes son esos hombres? ¿Y por qué llevan esas armaduras?

—Corchetes —se me adelantó Elres, su padre—, y no son hombres. Dejaron de serlo, ahora son máquinas.

—No entiendo. —Se rascaba la nariz cada vez que andaba en la confusión—. Si no son hombres, sino máquinas, ¿cómo es que pueden mirar y hablar?

—Son gente sin seso, niño —aclaró el viejo Edmé—; gentes de la carda que perdieron la razón.

Y tanto: hombres sin seso, sin dominio de sí mismos, llamados autómatas de forma desdeñosa. Pero bajo esas monstruosas armaduras que habíamos contemplado hacía unos minutos se encontraban personas provenientes de cárceles o condenadas a muerte —tanto igual diera por leyes civiles que eclesiásticas—; hombres y mujeres que preferían alistarse a las filas del Cuerpo de Corchetes antes de ser llevados ante el verdugo. Aun a precio del tormento que conlleva convertirse en un autómata sin voluntad, doblegado a las órdenes de los oficiales: una armadura natural incrustada en la misma piel, insensibilizada por

la muerte de los nervios; una mente más muerta todavía a causa de la droga que los hace dóciles y que a lo largo de semanas de operaciones traumáticas, les destruye toda noción de lo que una vez fueron en el seno de la sociedad. Pocos han logrado sobrevivir a semejante aberración, pero siempre hubo suficientes. A mi vuelta a Ísbar, se estimaban unos veinte mil corchetes autómatas repartidos por la ciudad, y su función era la de cubrir un puesto de vigilancia, lugares demasiado tediosos para los alguaciles. A veces guardaban las espaldas de los oficiales o los familiares de la Iglesia cuando iban a la caza de algún desdichado. Como intentaron conmigo hace años; como sí lograron aquellos dos corchetes con aquel pobre infeliz.

—¿Y por qué lo han matado? —preguntó otra vez.

Elres me miró de soslayo.

—Porque otros lo ordenan. Punto.

Hacía tanto tiempo que no veía un corchete que me dejó en desazón. El aire se invadió con notas de amargura, como una melodía apagada que pidiera ser escuchada. Los corchetes me trajeron un sínfin de reminiscencias cargadas con tonadillas de melancolía.

—Corneli. —Filip me sacó de mis pensamientos—. ¿Estáis bien?

—Sí... es que nunca te acostumbras a la música de... a la visión de un corchete.

—Son como animales —bufó Elres—. Gentuza que se dedica a hostigar al pueblo. Se supone que deben velar y proteger a los ciudadanos de vuestro país, pero sus cerebros están domados por los pisaverdes que se encierran en sus palacios, escupiendo órdenes desde sus despachos y sus altos salones.

—Son pobres desgraciados.

—¡Perros! —Su voz cortaba—. Perros del Gobierno que son tan tontos como para lamerles las botas a sus amos por un trozo de hueso corrompido, pero demasiado listos para conocerse los vacíos de las leyes y saltárselas a su antojo. —Su fisonomía tornó en una mueca de desdén—. En los veinte y ocho años que llevo visitando el Cerco he visto de todo. Una vez presencié cómo una de esas moles se acercaba a un zagal de no más de nueve o diez años, y le destrozaba media dentadura por correr y salpicar de barro a un alguacil.

—Creo que vuestra merced es demasiado punitivo —sentencié.

—Y vuestra merced es demasiado piadoso; los corchetes conservan una sombra de la vileza que antaño tuvieron.

Edmé sosegó los ánimos:

—Mi señor Dragos, ¿pasará vuestra merced esta noche con nosotros?

—A fe mía. No será hasta mañana, en el crepúsculo, cuando esperen mi llegada al otro lado de las Puertas de Irene.

Me llevé la mano al pecho por pura inercia y me conocí palpando la carta imperial, mi indulto. Sentí alivio al saber que seguía ahí. El aire se espesó de pronto y noté varias miradas clavadas en la factura de mis movimientos, conscientes de mis cavilaciones. Y entre los ojos ávidos de los galvos encontré los de Elres, que asintió circunspecto; la música de sus emociones me revelaba aflicción, probablemente fruto de nuestra fugaz aunque intensa camaradería. Existen relaciones que se afianzan más con el silencio que con las palabras vacuas. Este era uno de esos casos: de todos los galvos de la compañía, Elres fue quien me habló menos con la lengua, y más con la mirada; la serena visión de la edad te hace confiar más en ese tipo de gentes.

Y, a pesar de que había en el ambiente un cántico fúnebre que me incomodaba, confié en Elres hasta en el destino último del viaje: una venta maltrecha y oculta entre callejones torcidos, grotesca en tamaño y forma. El interior no era menos desolador a la vista, que se hallaba rodeado de adobe y metales, con pocas mesas y una basta barra de hierro hendido en un sinfín de sitios. Pero con todo, era un lugar cálido y de agradecer para resguardarse del relente del otoño, pues una estufa de leña nos abrazaba con una maravillosa sensación de calor, sumiéndolo todo en una tenue penumbra. La venta cantaba mustia mientras los armónicos, de entrañable familiaridad, los producía el lenguaje natal de mi tierra, que era hablado por cinco personas que se sentaban alrededor de una de las mesas. Después de pasar once años fuera de Ísbar no puedo negar que era una sensación paradójicamente liberadora el volver a escuchar el acento de mi país.

Trajeron las viandas en cuestión de minutos: peras, higos, un guiso de olla podrida, morcilla, queso, pepitorias y nabos, todo muy cargado de especias. Por supuesto no podía faltar el hipocrás, para regar la comida y para calmar las fatigas del viaje. Lo devoramos todo con ansia, y al cabo de un rato los galvos rompieron el silencio con la resolución y la tranquilidad de un estómago agradecido:

—Cuando cruces esas puertas, te quedarás encerrado para siempre.
—La quebrada voz pertenecía a un galvo rudo, tosco en sus maneras—. Yo que tú lo volvería a pensar, Corneli.

—Gracias por enésima vez, René. Pero ya he venido hasta aquí, y no voy a volver mis pasos atrás. Mañana al anochecer un comité de bienvenida me espera al otro lado de la muralla, con el que pienso reunirme para entonces.

—¿Es cierto que el emperador de Ísbar no gobierna?

La voz de Filip se levantó junto con él mismo, por encima de su plato. Los galvos, que le habían callado muchas de las incómodas preguntas durante los nueve días de viaje, aprovecharon que tenían las bocas llenas para no reprenderle, interesados en lo que yo tuviera que decir. Querían saber cómo se comportaban mis palabras bajo mi techo, sobre mi tierra, junto a mi gente.

—Lo hace su valido, Gresnan Cot —dije, y lo miré reservado—. ¿Qué habrán de importarte a ti esos asuntos?

Pabela, la muchacha de pelo azabache y entrada en carnes, soltó una risotada.

—En Galvaré decimos que los hombres poderosos de Ísbar tienen gobernantes en las sombras y que los hombres pobres tienen sombras por gob...

—Me conozco los dichos de Galvaré —interrumpí, desabrido—. Mi señora haría bien en no decir tales cosas en Ísbar, ni aun en idioma galvo.

—Vuestra merced está ebrio de hipocrás. Bien sabéis que la cofradía no entrará más allá del Cerco, y es en el Cerco donde se halla «vuestra señora», no dentro de Ísbar.

—Es complicada la estructura política de Ísbar —sentencié.

El muchacho preguntón me miró continente. Me desencaré de la mujer con un gesto de desaire y me centré en el único rostro que parecía tomarme en serio: el rostro del muchacho. Además, cuanto más hablara yo, más tiempo tendrían ellos las bocas ocupadas.

—Imagínate, rapaz, una ciudad de gobierno propio con un sinfín de territorios que a su vez tienen sus propias leyes.

—¿Barrios con leyes propias?

—Los llamamos distritos. —Lo miré ceñudo; estaba claro que subestimaba las dimensiones de la ciudad—. Y por supuesto, en cada distrito hay barrios.

—Entonces, no es solo una ciudad, ¿verdad?

—Antaño eran varios reinos. Ahora todo está conectado.

—¿Cuántas leguas medía Ísbar desde la cordillera de Irene hasta el mar? —René no se callaba ni comiendo—. ¿Veinte?

—Quince leguas —aclaró Pabela—. Y unas diez de este a oeste.

—Todo eso es un cuento —se interpuso la voz del viejo Edmé—, pobres quimeras liberadas por los íbaros, para simular la grandeza de un imperio que no tienen; de territorios nobiliarios con el tamaño de apenas dos o tres calles; o de un emperador con más de corregidor que de monarca.

Aquí fue cuando el hipocrás se liberó por la lengua y unos pocos comenzaron a discutir, y yo fui a callar aprovechando los disparates de los galvos. Sin quererlo, había avivado más el fuego de la discusión. Con los años, uno comprende que la estupidez no entiende de fronteras; destila elixires de odio, miedo y osadía allá por donde pasa.

Pero mis entrenados oídos captaban una música que sonaba por encima de la estridencia de la discusión: la expectación del muchacho, que me miraba fijamente, aguardando a mis palabras. Entonaba una balada tan inquietante que tuve que mitigar sus ansias de saber, más por mi sosiego que por el suyo.

—Cada distrito está supeditado a las leyes imperiales —proseguí, mirando al rapaz—, pero tienen soberanía propia. Además, existen ducados, marquesados, condados, baronías, prefecturas eclesiásticas, un reino, un principado, cantones, merindades, y una república. —Hice una pausa para que lo asimilara—. Ahora imagínate que un noble señor es duque de uno de esos distritos, pero además comparte un gobierno binárquico con un príncipe en otro territorio. A su vez este príncipe es al mismo tiempo un prefecto eclesiástico en otro distrito. Ahora suma a todo esto el vasallaje de los señores menores: hombres de alta cuna rindiendo lealtad a un conde que se disputa una prefectura con otro grande de Ísbar, un duque, por ejemplo. Y ahora imagínate que esos hombres de alta cuna también le deben vasallaje a este duque. Y sí, entre todo este caos político se encuentra el emperador.

—¿Todo eso está bajo el mando del emperador? —preguntó incrédulo. De repente todo se hizo más silencioso, a excepción de un par de murmullos contumaces.

—¿Creías que el emperador se ocupaba de gobernar todo esto? —Mi ironía musitó un vals—. ¿Por qué crees que tiene una figura de valimiento?

—Una figura de valimiento...

—Un valido, un privado; un cargo ministerial que se ocupa de gobernar por el emperador. Esos gobernantes en las sombras, como dicen en Galvaré, existen por supuesto. Pero es más una necesidad que otra cosa... —Usé una voz queda, pausada—. Una necesidad para una oligarquía innecesaria.

Rellené de nuevo mi copa de hipocrás, y donde otros se preocuparían de mirar, yo solo escuché. Era el silencio de la reflexión, una música que estaba poco acostumbrado a oír.

Una música que me relajaba.

En ese momento la puerta de la venta se abrió dejando entrar el sonido de la lluvia precedido de un fuerte chasquido metálico, y dos hombres de mediana edad invadieron la venta con aire altivo, reparando en los galvos que se encontraban junto a mí. Uno era alto y con una barba hirsuta y oscura. El otro destacaba más bien por lo contrario, ya que apenas llegaba a los hombros del primero, y tenía un Dios os salve, como decimos en el lenguaje de germanía: una cicatriz que se derramaba desde el labio inferior hasta la barbilla. Ambos parecían hidalgos, por la ropera semioculta bajo el herreruelo, mas ninguno tuvo la mesura de descubrirse ante la presencia del ventero, al que ignoraron completamente. Entonces, como si ya estuvieran enterados de mi presencia en el Cerco, el más alto de ellos se fijó en mí con unas maneras muy bellacas y, diciendo estas palabras en íbaro, rompió el silencio de la venta:

—¡Vive Dios, Gastón, que me había parecido oler a perfume galvo por las inmediaciones, mas alguien lo está eclipsando con hedor a sarna!

—A lo mejor es el señor Corneli, que bien destaca entre ellos —dijo el tal Gastón, que escupió al suelo y me miró, intimidante—. ¿Acaso no cuadra con la descripción que nos han dado de su olor?

—Bien parece que cuadra, sí.

Pocos galvos entendían el lenguaje íbaro, pero no era muy difícil caer en la cuenta de que estos bellacos traían problemas.

Me esperaba una situación así, pero no tan pronto. Sabía que antes de que pudiera entrar por las puertas de palacio, habría multitud de valentones de baja estofa que correrían a mostrarme amablemente el camino hasta un tribunal eclesiástico. Lo que no pensaba era encontrármelos en el Cerco, sino dentro de la ciudad. Estos dos en concreto

eran familiares de una prefectura, o lo que es lo mismo, un cuerpo laico del Santo Oficio que venía a interceptarme antes de que la ley imperial purgara mis antiguos delitos. Delitos graves contra la Iglesia de Ísbar, aclaro a vuestras mercedes.

El alto empezó a desprender unas notas de tensión y me señaló con un gesto de barbilla:

—¿Sois vos el señor don Dragos Corneli, del distrito de Tierrafértil?

El voseo es cosa ofensiva cuando las personas que lo usan se ven por primera vez; es un tratamiento reservado tras los rituales de presentación, por lo que usarlo en ciertos tonos es una afrenta declarada.

—¡Sí, vos! —levantó la voz el otro, mirándome con desprecio—. ¡El íbaro que acompaña a estos gentileshombres de Galvaré!

Frente a la tensión creciente, resolví mostrar mi tranquilidad dando un acompasado trago al hipocrás, mientras le sostenía la mirada. De los dos, el alto era quien tenía la melodía protagónica: ira, arrogancia, desprecio. Incluso pude percibir ese miedo que se va gestando antes de entrar a por uvas, con el cuchillo desnudo. Pero la melodía que más sonaba era la de la impetuosidad.

Me conocía esas canciones.

—¿Qué ocurre? —habló de nuevo el alto—. ¿Tanto tiempo en Galvaré que os habéis olvidado del íbaro? ¿No sois acaso hombre de honra y talante? ¿Ni hombre de patria?

—Por eso me tengo —contesté con la voz más fría que pude—. ¿Acaso vuestras mercedes dudan de tal honra y talante?

Fueron a hablar a la vez, pero el alto dio un paso hacia delante, tapando la voz del otro:

—¡Dudamos, Corneli!

—¿Y qué pasa si —comencé—, en vista de ser cierto eso que hablan, que Corneli es como me apellido, y que mi honra y mi talante, a expensas de mi patria, se hallan perdidos?

—Pasa que vendréis con nosotros a la prefectura de su ilustrísima Caperio Coordinante, quien estará dispuesto a hacéroslos recuperar.

—Comprendo —asentí frunciendo los labios—, ¿y si me place quedarme en este sitio, bebiendo hipocrás y hablando con estos gentileshombres en galvo, que bien me sé mi lengua materna para andar hablándola a deshoras?

—¡Pues os venís con nosotros por la fuerza! —El menudo, irritado, metió mano a los hierros en desabrigando el sobaco—. ¡O a lo mejor os dejamos el cuerpo a buenas noches, aquí y ahora! ¡Que mucho nos

pagan por llevaros entero, pero bien está pagado el asunto si os llevamos por partes!

Abrí los oídos todo lo que pude para escuchar la música de las cosas: sosteniendo la mirada del jaque pude percibir una disonancia musical entre miedo e ira, todo intentando armonizarse con unas notas de bravuconería. El alto, sin embargo, parecióme menos arrojado, aunque también desprendía una tonadilla de inquietud, esperando lo que yo fuera a hacer.

Y lo que fui a hacer estuvo orquestado de la siguiente forma: primero interpreté una relajada mirada, y la aparté para dar sensación de estar intimidado. Conseguí el efecto esperado: la sintonía del menudo se modificaba, pues el crescendo de su bravuconería era ahora estruendoso. Luego agaché la cabeza y simulé —o no; en esas situaciones uno no está seguro— temblor en mis manos mientras cogía la copa para beber el último trago.

El miedo no desaparece enseguida; de hecho, ninguna emoción desaparece sin una transición: todas completan su melodía hasta el final. Esta es la razón por la que su bravuconería —que incité a ser más fuerte— y su temor —por lo deliberado del asunto— se mantenían componiendo una disonante musicalidad, imperfecta y estridente, mezcladas sin ritmo y desprovistas de naturalidad. Y durante esa mezcla de sonidos incoherentes que desprendían sus emociones me incorporé lentamente del asiento y, con cabeza gacha, levanté ambos brazos con las palmas extendidas.

—¿Van a ponerme cadenas vuestras mercedes?

Sus emociones ya estaban depuradas, como pretendía.

El menudo del Dios os salve dejó a un lado la ropera y sacó de la parte de atrás de su pretina una soga de esparto raído, con la que inferí que pretendía atarme, y comenzó a acercarse a mí con una sonrisa despectiva llena de orgullo. Entonces, cuando lo tuve a un par de varas, hice lo que los bardos denominamos componer el tejido de la realidad, y lo que la gente mundana llama, de forma sencilla, hacer magia.

Arrastré la manga izquierda hasta el codo, mostrando el artefacto dorado que tenía atado al antebrazo. La tenue relajación del jaque se rellenó de un miedo terrible cuando vio el instrumento: el llamado arpa de muñeca con el que muchos bardos canalizábamos nuestro poder. Consistía en un brazal de latón sobre el cual, en la cara interna, finas cuerdas de arpa se desplegaban. Me bastó punzar en ellas cuatro notas para armonizarme con el dogal que el jaque llevaba en las ma-

nos, y antes de que este reaccionara, el esparto ya le aprisionaba la garganta y lo izaba en el aire, ahorcándolo en una lenta agonía. El alto desabrigó y me apuntó con la ropera mientras se acercaba atónito, presto a tirarme unas tarascadas. Pero con él me bastaron dos notas y unos segundos: su espada empezó a tomar un color ámbar, y antes de que llegara a mí, desprendía humo por la cazoleta del guardamano. No tuvo más remedio que soltarla con un grito y el hedor a cuero quemado impregnó el ambiente. Dos notas más y el aire que había frente al infeliz crujió en un vacío que tiró los objetos más livianos por rededor y lanzó al hombre contra la barra.

Los galvos se movieron inquietos en sus asientos.

—Y ya puestos a aclarar el asunto —sentenció—, ¿qué pasa si el señor Corneli, con honra y talante, decide visitar su patria por voluntad propia?

Replegué las cuerdas del arpa de muñeca y el jaque que se hallaba en volandas cayó sobre la mesa. Ahora su armonía era una canción perfecta: solo terror.